

¡VENGA TU REINO DE AMOR!

Vigilia de oración para la Jornada de las vocaciones dehonianas en el 179 aniversario del nacimiento del P. León Dehon

Introducción

(Los textos del P. Dehon y de nuestras Constituciones pueden ser leídos por la misma persona)

Guía: La IX Conferencia General de la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús tuvo lugar en Roma del 13 al 18 de febrero de 2022 con el lema: “Los dehonianos en el compromiso social: el impacto del amor de Dios en nuestra sociedad”. Fue una oportunidad para escuchar, reflexionar y compartir pensamientos y esperanzas, recogiendo el testigo dejado por el P. Dehon para continuar la labor iniciada por él, que había preparado y desarrollado una viva sensibilidad y una capacidad de apertura para poder interpretar la situación de su tiempo de forma evangélica.

En esta vigilia de oración por las vocaciones al carisma dehoniano retomamos algunos textos de las Constituciones SCJ -en el cuadragésimo aniversario de su aprobación (1982)- especialmente los que se refieren *al Reino del Corazón de Jesús en las almas y en la sociedad*.

(Si hay un presidente diferente al guía, se puede iniciar con el signo de la cruz)

Guía: El padre Dehon nació el 14 de marzo de 1843 y murió el 12 de agosto de 1925. Una de las expresiones más queridas por él era: *¡Adveniat Regnum tuum!* ¡Que venga tu Reino de amor!

En su libro espiritual “Retiro para el Sagrado Corazón”, el P. Dehon escribió:

“El reino del Corazón de Jesús en la sociedad es el reino de la justicia, de la caridad, de la misericordia, de la piedad por los pequeños, los humildes y los que sufren. Os pido que os dediquéis a todas estas obras, que las animéis, que las ayudéis. Apoyad a todas las instituciones que deben contribuir al reino de la justicia social y que deben evitar la opresión de los débiles por los poderosos”. (P. León Dehon, RSC 610)

Guía: El fundamento de toda la misión del P. Dehon fue un “Pacto de Amor”, un escrito encontrado después de su muerte y que se cree que data de la época de su profesión religiosa. Ahora lo escuchamos para sentirlo también nuestro:

Pacto de amor del Padre Dehon

*Jesús mío, ante ti y tu Padre celestial,
en presencia de María inmaculada, mi Madre,
y de san José, mi protector,*

*hago voto de consagrarme
por puro amor a tu Corazón sagrado
y dedicar mi vida y mis fuerzas
a la obra de los "Oblatos" de tu Corazón,
aceptando de antemano cuantos sacrificios y pruebas me pidas.*

.....

*Hago voto de dar a todas mis acciones
la intención del puro amor a Jesús y a su Corazón sagrado.
Y te suplico que toques mi corazón y lo inflames con tu amor,
para que no solamente tenga yo la intención y el deseo de amarte,
sino también la dicha de ver concentrados
solo en ti todos los afectos de mi corazón
con la ayuda de tu santa gracia.*

Guía: La Iglesia ha reconocido las virtudes heroicas del P. Dehon y sigue rezando por su beatificación. Nosotros, sus familiares, también rezamos juntos en esta ocasión:

Oración

Señor y Padre nuestro,
te damos gracias.
Con tu siervo el Venerable Padre León Dehon
has enriquecido a tu Iglesia
con la Familia Dehoniana.
Para tu gloria, concédenos
el don de su beatificación.
A ejemplo suyo,
haznos profetas de amor y de reconciliación,
enraizados en el Corazón de tu Hijo.
Te pedimos, que para llevar al mundo
la alegría del Evangelio,
sus huellas sean seguidas
por muchos discípulos.
Que nuestra vida, Padre,
unida a la de Jesús,
santificada en gracia por el Espíritu Santo,
sea ofrenda agradable a tus ojos
para la salvación del mundo. Amén.

Canto

I. Según la experiencia de fe del Padre Dehon

Del Evangelio según san Juan

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». (Jn 19, 31-37).

Guía: La apertura del costado de Cristo era para el P. Dehon un objeto de contemplación particular, por lo que meditaba a menudo sobre el Calvario, se sentía allí entre los discípulos elegidos a los que el Señor permitía sentir la experiencia primordial de manera especial. *Mirarán al que han traspasado en la casa de sus amigos* (Cf. ASC III/496). Sigamos su invitación, en primer lugar subiendo a la montaña para dejarnos transfigurar y transformar por la imagen del amor hasta traspasar el corazón. Nuestras Constituciones también nos piden seguir este camino:

“Nuestro Instituto encuentra su origen en la experiencia de fe del Padre Dehon. Es la misma experiencia que San Pablo expresó así: Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí (Gál 2,20). El Costado abierto y el Corazón traspasado del Salvador son para el Padre Dehon la expresión más evocadora de un amor cuya presencia activa experimenta en su propia vida” (CST 2).

“En este amor de Cristo que acepta la muerte como entrega final de su vida por los hombres y como obediencia filial al Padre, el Padre Dehon ve la fuente misma de la salvación. Del Corazón de Jesús, abierto en la cruz, nace el hombre de corazón nuevo, animado por el Espíritu y unido a sus hermanos en la comunidad de amor que es la Iglesia (cf. Etudes sur le Sacré-Coeur, I, p. 114)” (CST 3).

(En este momento, se lleva en procesión y se expone la cruz dehoniana)

Guía: Esta dinámica se expresa de forma especial en el símbolo que últimamente se ha convertido en nuestra seña de identidad en el mundo: una cruz griega con un espacio vacío en forma de corazón. Es precisamente el amor lo que une el cielo y la tierra: lo divino sin límites y lo humano oblativo conformándose a lo divino. Los brazos de esta cruz son iguales porque Él ya no nos llama

siervos, sino amigos. Llevemos ahora esta cruz y pongámosla ante nuestros ojos. Tomemos tiempo para contemplarlo en el silencio del Calvario, esperando las palabras del propio Cristo, que incluso en la Cruz, como maestro, se dirigió a los suyos.

Las palabras de Pio XII nos pueden ayudar para profundizar en este misterio.

Para la meditación personal

No hay, pues, duda de que el Sagrado Corazón de Jesús, al ser participante tan íntimo de la vida del Verbo encarnado y, al haber sido, por ello asumido como instrumento de la divinidad, no menos que los demás miembros de su naturaleza humana, para realizar todas las obras de la gracia y de la omnipotencia divina, por lo mismo es también símbolo legítimo de aquella inmensa caridad que movió a nuestro Salvador a celebrar, por el derramamiento de la sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: «Sufrió la pasión por amor a la Iglesia que había de unir a sí como Esposa». Por lo tanto, del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia, verdadera dispensadora de la sangre de la Redención; y del mismo fluye abundantemente la gracia de los sacramentos que a los hijos de la Iglesia comunican la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada Liturgia: «Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia».

De este simbolismo, no desconocido para los antiguos Padres y escritores eclesiásticos, el Doctor común escribe, haciéndose su fiel intérprete: «Del costado de Cristo brotó agua para lavar y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia del sacramento de la Eucaristía; el agua, del sacramento del Bautismo, el cual, sin embargo, tiene su fuerza para lavar en virtud de la sangre de Cristo». Lo afirmado del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, ha de aplicarse a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para comprobar de manera cierta la muerte de Jesucristo. Por ello, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo por el que Dios entregó a su Unigénito para la redención de los hombres, y por el que Cristo nos amó a todos con tan ardiente amor, que se inmoló a sí mismo como víctima cruenta en el Calvario: «Cristo nos amó, y se ofreció a sí mismo a Dios, en oblación y hostia de olor suavísimo». (De la Encíclica "Haurietis Aquas" de Pio XII, nº 21).

Oración

Señor Jesús, conducidos por tu amor,
queremos servirte en los hermanos
y hacer de nuestra vida
un continuo ofrecimiento a Ti y al Padre,
para que repares nuestro corazón.
Te pedimos, Señor, que nos muestres tu amor,
y seas así apoyo y cercanía en nuestro caminar.
Reaviva en nosotros, Señor,
tu amor cercano y amigo.
Hoy venimos ante Ti,
para pedirte, al contemplar tu Corazón traspasado,
que inundes con tu amor nuestras vidas
para que se dediquen enteramente
a difundir tu amor entre los hombres.
Nos consagramos a Ti, Señor Jesús;
acepta nuestra oblación
para reparar nuestra falta de amor.
Como hizo el Padre Dehon, nos abandonamos
en tus manos y queremos ser capaces
de la plena confianza en Ti.
Haznos mensajeros de tu Reino,
de tu redención y misericordia.
Danos un corazón nuevo, semejante al tuyo,
disponible al Padre y a nuestros hermanos. Amén.

Canto

II. Testigos de la primacía del Reino

Guía: El bautismo nos ha puesto en camino, ha iniciado por gracia la “*sequela Christi*”, nos ha hecho miembros del Cuerpo Místico de nuestro Salvador. En el corazón de la Iglesia, como discípulos del P. Dehon, estamos llamados a ofrecer un testimonio fiel de lo que hemos recibido como don: el amor que Dios nos tiene y la fe que fundamenta nuestra esperanza. Y todo ello de forma específica, “al estilo dehoniano”, con la certeza de que así podemos enriquecer al mundo y a la Iglesia con nuestra forma de vivir y manifestar el mensaje del Reino de Dios.

De la segunda Carta de San Pablo a Timoteo

Pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro. Esta es la razón por la que padezco tales cosas, pero no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día. Ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. (2 Tm 1, 7-13).

Guía: Dios había hecho su “inversión” de gracia en la vida del joven llamado Timoteo. El apóstol Pablo sabía bien que el don de Dios no se puede desperdiciar. Esta carta es un mensaje de ánimo que sirvió al joven discípulo y que también nos sirve a nosotros, que tantas veces necesitamos recuperar las fuerzas, volver a las fuentes de nuestra vocación.

Nuestras Constituciones nos ayudan. Escuchemos:

“En la Iglesia, hemos sido iniciados en la Buena Noticia de Jesucristo: Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él (1Jn 4,16). Hemos recibido el don de la fe, que fundamenta nuestra esperanza; una fe que rige nuestra vida y nos inspira a dejarlo todo para seguir a Cristo; en medio de los desafíos del mundo, debemos afianzarla viviéndola en la caridad. Con todos nuestros hermanos cristianos, confesamos, por el Espíritu, que Cristo es Señor, en quien el Padre nos ha manifestado su amor, y que está presente en nuestro mundo para salvarlo. Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!”, sino por el Espíritu Santo (1Cor 12,3)” (CST 9).

(En este momento se lleva en procesión, la Regla de Vida SCJ a un puesto preparado)

Guía: Como acabamos de escuchar, nuestra Regla de Vida es criterio, indicación de cómo conservar en nosotros el carisma recibido del Espíritu. ¡Démosle la bienvenida! Y en silencio dejémonos conmover por las palabras del P. Bourgeois. Son un gran impulso para dar testimonio del Reino de Dios, sin olvidar nunca cuál es nuestro “*proprium*”, nuestra identidad, nuestra aportación específica:

Todo esto es una exigencia de la fidelidad dehoniana, para el pleno aprovechamiento de una real y profunda devoción al Corazón de Jesús y para la real fecundidad de una auténtica vida dehoniana: una vida de amor y de reparación, concebida y vivida como vida de caridad, una realización de ese *ágape* que debe animar nuestra vida, para que seamos “profetas del amor y ... servidores de la reconciliación de los hombres y del mundo en Cristo” (n. 7), “comprometiéndonos sin reservas en el advenimiento de una nueva humanidad en Jesucristo” (n. 39), para que “del Corazón de Cristo, abierto en la Cruz”, “nazca el hombre del corazón nuevo” (n. 7), “comprometiéndonos sin reservas con el advenimiento de una nueva humanidad en Jesucristo” (n. 39), para que “del Corazón de Cristo, abierto en la Cruz”, nazca “el hombre con un corazón nuevo, animado por el Espíritu, unido”, alimentada por la contemplación del Corazón de Cristo, no puede ser auténtica si no es en sí misma “profética”. (A. BOURGEOIS, *Las Constituciones de los Sacerdotes del Sagrado Corazón – Guía de lectura*, 200).

Oración

Padre nuestro, Tu Hijo Unigénito Jesucristo
resucitado de entre los muertos
encomendó a sus discípulos el mandato de
“id y haced discípulos a todas las gentes”
Tú nos recuerdas que a través de nuestro bautismo
somos partícipes de la misión de la Iglesia.
Por los dones de tu Santo Espíritu, concédenos la gracia
de ser testigos del Evangelio, valientes y tenaces,
para que la misión encomendada a la Iglesia,
pueda encontrar manifestaciones nuevas y eficaces
que traigan vida y luz al mundo.
Ayúdanos a hacer que todos los pueblos
puedan experimentar el amor salvífico
y la misericordia de Jesucristo. Amén.

Canto

III. Para que reine el amor de Dios

(Con Cristo al servicio del Reino: Participantes en la misión de la Iglesia y Atentos a las llamadas del mundo)

Del Evangelio según san Mateo

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt 5, 13-16).

Guía: Jesús hace ver a sus discípulos que son la sal de la tierra y la luz del mundo. Este es nuestro mayor servicio a la Iglesia y a nuestro mundo. Es una llamada a hacer de nuestra vida un servicio dedicado a los demás, siguiendo el ejemplo de Jesús, para ser “aquí” y “ahora” la Sal y la Luz de Dios.

(En este momento se reparte a los presentes una pequeña bolsa de sal y una vela)

Guía: También “hoy” la Palabra de Dios quiere hacerse historia en nosotros y en nuestra familia religiosa, llamada a ser revelación del amor de Dios a su pueblo “aquí” y “ahora”. Estamos llamados a abandonarnos totalmente al servicio de la “misión”. Somos invitados a ser la “palabra” de Dios para declarar su amor a la humanidad, especialmente a los más pequeños y necesitados de nuestra sociedad. Escuchemos lo que dicen nuestras Constituciones:

“Para el Padre Dehon, pertenece a esta misión, en espíritu de oblación y de amor, la Adoración eucarística, como un auténtico servicio a la Iglesia (cf. NQ 1.3.1893), y el ministerio entre los pequeños y los humildes, los obreros y los pobres (cf. Souvenirs XV), para anunciarles la insondable riqueza de Cristo (cf. Ef 3,8). Con vistas a este ministerio, el Padre Dehon da una gran importancia a la formación de los sacerdotes y de los religiosos. La actividad misionera es para él una forma privilegiada del servicio apostólico. En todo esto, tiene la preocupación constante de que la comunidad humana, santificada por el Espíritu Santo, se transforme en ofrenda agradable a Dios (cf. Rom 15,16)” (CST 31).

“La vida de oblación, suscitada en nuestros corazones por el amor gratuito del Señor, nos configura con la oblación de Aquel que, por amor, se entregó totalmente al Padre

y totalmente a los hombres. Esta vida nos lleva a buscar cada día con más fidelidad, junto con el Señor pobre y obediente, la voluntad del Padre respecto a nosotros y al mundo. La vida de obediencia nos hace atentos a las llamadas que el Padre nos dirige por medio de los acontecimientos pequeños y grandes y de las expectativas y realizaciones humanas” (CST 35).

Textos para la meditación personal

El Reino de Dios es el mundo nuevo nacido a la luz en la Persona de Jesús y en el ‘servicio’ prestado por Él a las multitudes; es el mundo nuevo que adquiere forma en el Cuerpo místico; es el mundo nuevo que está ya en germen en los esfuerzos inciertos de los hombres. Es ante todo en el Hombre Nuevo, en la Persona de Jesús presente en medio de nosotros, cuando el Reino de Dios está ya actuando (Cst 11), por lo que hablar de la primacía del Reino significa, antes que nada, afirmar la primacía de la Persona de Jesús. (A. Carminati, *Comentario a las Constituciones*, n. 10).

El conocimiento de algunas obras sociales dehonianas nos ha permitido sacar a la luz los valores que las sustentan, como son: la acogida, el amor que repara y recrea, el ofrecimiento de espiritualidad, el amor que se da a sí mismo, el cuidado, no sólo hacer el bien sino hacerlo CON amor. De hecho, a la pregunta: “¿cómo ser profetas del amor y servidores de la reconciliación hoy?”, respondemos: “poniéndonos de acuerdo y haciendo no sólo PARA los demás sino CON los demás, integrando a los destinatarios en un círculo virtuoso que los promueva como protagonistas del cambio”. Porque amar es nuestra misión... y la fuente de nuestra alegría. También nos ha permitido comprender cómo nuestra atención y acción tienen la capacidad de dar lugar a caminos de renacimiento, de reactivar la realidad sobre la que actuamos, dando lugar a un futuro relacional y transformador. Vivir y transmitir el amor que hemos recibido de Dios fundamenta nuestra acción y abre el camino para que todos se sientan amados, respetando las peculiaridades culturales y la diversidad. (*Del mensaje final de la Conferencia General 13-18.2.2022*, n. 8).

Oración

Jesús, divino Pastor de las almas,
que llamaste a los Apóstoles
para hacerlos pescadores de hombres,
atrae a Ti también
las almas ardientes y generosas de los jóvenes,

para hacerlos tus seguidores y tus ministros;
hazlos partícipes de tu sed de redención universal,
para que se renueve sobre los altares tu Sacrificio.
Tú, Señor,
“siempre dispuesto a interceder por nosotros” (Hb 7, 25),
descúbreles los horizontes del mundo entero,
donde la muda súplica de tantos hermanos
pide luz de verdad y el calor del amor;
para que, respondiendo a tu llamada,
prolonguen aquí en la tierra tu misión,
edifiquen tu Cuerpo místico, la Iglesia,
y sean “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5, 13).
Amen.

Canto

Conclusión

Oración de los fieles

Guía: Hermanos y hermanas, por intercesión del Beato Juan María de la Cruz, patrono de las vocaciones dehonianas, y de los que nos han precedido en la Congregación, pidamos al Señor que nos bendiga a todos los que seguimos el camino indicado por el P. Dehon, y que seamos testigos de su amor, en la escucha atenta de su palabra, en la comunión fraterna y en el don de nosotros mismos por su Reino de amor. Oremos:

Respuesta: **Escuchanos, Señor.**

Por la Iglesia, nacida del Corazón de Cristo abierto en la cruz, para que anuncie a todos los que la escuchan que Dios es amor y quiere, con nuestra colaboración, instaurar en las almas y en las sociedades su Reino de justicia y caridad, Oremos. *R.*

Por los obispos, los sacerdotes y los diáconos, por las personas consagradas y los laicos, para que, inspirados por el Espíritu y unidos en la comunidad de caridad que es la Iglesia, anuncien, con la palabra y la vida, las insondables riquezas del Corazón de Cristo, Oremos. *R.*

Por los responsables de la justicia y la paz en todo el mundo, para que al servir a los ciudadanos, especialmente a los más débiles y oprimidos, se integren en el

movimiento del amor redentor, entregándose por sus hermanos, con Cristo y como Cristo, signos vivos de su Reino de amor, justicia y paz, Oremos. *R.*

Por nuestra Congregación, para que, con toda su vida, oraciones, esfuerzos, sufrimientos y alegrías, repare el pecado y la falta de amor, y rinda a Cristo *el culto de amor y reparación que su Corazón desea*, Oremos. *R.*

Para que el Señor de la mies nos conceda, a nosotros y a toda la Familia Dehoniana, la gracia de la perseverancia en su santo servicio y envíe nuevas vocaciones dispuestas a consagrarse en nuestro Instituto en favor del Reino, Oremos. *R.*

Padre nuestro

Señor, infunde en nosotros la gracia del Espíritu Santo, para que, fieles a la unión fraterna, a la fracción del pan y a la oración, demos testimonio de ti y sepamos cuidar a los más pequeños y pobres y atraer nuevas vocaciones, dispuestas a seguir el ideal de la caridad perfecta y a trabajar eficazmente por el Reino de tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

¡El Señor nos bendiga y su paz nos acompañe siempre!

Amén

¡Id en Paz! ¡Venga su Reino de amor!

Amén

Canto final

